



Werner A. Perger

Regreso a las bases

Cómo pueden (podrían) hacer los partidos de izquierda populares de Europa para salvarse y brindar así un servicio a la democracia

■ La crisis de los partidos socialdemócratas europeos es básicamente el resultado de sus propias faltas y decisiones equivocadas. Quienes se beneficiaron con ella fueron los partidos conservadores y neoliberales, los populistas de izquierda y sobre todo los partidos demagógicos del populismo de derecha.

■ La socialdemocracia tiene que actuar con decisión si es que no quiere perder su condición de partido popular. Lo primero que debe hacer es volver a las bases en materia política. Para ello, debe despedirse de la «Tercera Vía», abandonar el tono de mando de los reformadores del estado social y, para asegurar su futuro e arriesgar más democracia interna.

■ Reintegrarse y recuperar la confianza a conciencia constituyen un serio desafío que implicará un largo y difícil camino. Al trabajar en sus reformas internas, los partidos de centroizquierda deberían tomar en cuenta los siguientes lemas: Claridad y ofensiva, iluminismo y populismo, visión y pragmatismo, conflicto y acuerdo y valor para encarar nuevas alianzas sociales.

FEBRERO 2010

Índice

1	Introducción.....	2
2	Reintegración: regreso a las bases.....	2
3	Claridad y ofensiva.....	3
4	Iluminismo y populismo.....	4
5	Visión y pragmatismo	5
6	Conflicto y acuerdo	5
7	Valor para encarar nuevas alianzas sociales	6
8	Balance nuevo, virtudes viejas o: La vida de los otros	7

1 Introducción*^T

La crisis de la socialdemocracia europea ha arrojado múltiples enseñanzas. Hay conclusiones generales y particularidades nacionales. Los partidos actúan en las mismas condiciones globales. Todos, los numerosos perdedores y los pocos ganadores de las elecciones, han sido afectados por las fallas y el desarrollo dramático del sistema financiero global, por los efectos de éste sobre la economía internacional, el comercio internacional y los mercados laborales nacionales, por los cambios políticos radicales desde el fin del conflicto entre los bloques oriental y occidental, por la amenaza a la paz mundial encarnada en el terrorismo internacional, por la confrontación de las democracias occidentales con fanatismos religiosos totalitarios y por la aparición de nuevos problemas transcontinentales (cambio climático, hambre, pestes). El hecho de que los partidos que obtengan los peores resultados eleccionarios en medio de la crisis actual del capitalismo sean justamente los que más advirtieron sobre la crisis del sistema financiero y los que más contribuyeron a suavizar sus efectos actuando con decisión, constituye lo que los politólogos estadounidenses denominan «la paradoja europea».

Sin embargo, esta situación paradójica de los partidos de la «centroizquierda» europea no resulta únicamente de procesos objetivos externos. Sus propias y subjetivas omisiones y decisiones erradas también contribuyeron al debilitamiento de la socialdemocracia. De ese modo, los partidos de centroizquierda no sólo cedieron mayor margen de acción a sus competidores del espectro conservador, sino también a los nuevos movimientos partidarios de los extremos radicales de derecha y de izquierda que, en parte amparados bajo el paraguas de la democracia, atacan al sistema de la democracia liberal. Es sobre esta parte *subjetiva* de las causas de la crisis de la izquierda donde se concentrarán las siguientes consideraciones sobre la cuestión que vuelve una y otra vez: ¿qué hacer?

2 Reintegración: regreso a las bases

Es prioritario reconstruir los puentes de comunicación rotos entre los votantes y los votados. Los socialdemócratas, cuya condición de partido popular ha quedado en duda tras los resultados obtenidos en los comicios de Alemania, Holanda e incluso Dinamarca, tienen que recuperar cuanto antes la confianza masivamente perdida. Por eso deberían recordar sus orígenes y volver a conectarse con sus viejas tradiciones. Pero para ello, estos partidos, que surgieron como partidos de los trabajadores, primero tienen que «volver a casa», volver allí donde transcurre la vida real, con los ciudadanos. No con el rabo entre las piernas. Hacer una revisión total de contenidos y confesar sus culpas en forma oportunista sería un error. Los procesos de aprendizaje político de las décadas pasadas y la adaptación necesaria a las realidades históricas ocupan su lugar en la historia partidaria y no requieren ni arrepentimiento ni una autocrítica generalizada. Pero el regreso a casa exige al mismo tiempo comprender los errores cometidos en el camino. Y despedirse de las malas costumbres adoptadas durante la fase de distancia, por ejemplo, la actitud soberbia, de sospechosa arrogancia, con la cual solían imponer sus reformas al estado social. En sus años de «*champions of change*» en el gobierno, los partidos de centroizquierda se desacoplaron de las bases y se volvieron extraños a su caudal electoral tradicional, algo que terminaron pagando muy caro.

Para que la socialdemocracia logre sobrevivir como partido popular es indispensable que regrese a casa, tanto en lo social como en lo político. Reintegrarse a la vida cotidiana de los ciudadanos le permitirá trabajar en y con las bases, integradas tanto por el mundo de la vida de los socialmente débiles como por el entorno de las capas sociales medias de amplios recursos, cuyo apoyo hizo posible el último pico de la democracia social hacia fines del siglo pasado. Idealmente, esta presencia social y política cercana no sólo constituiría el fundamento para el renacimiento político de los partidos populares de izquierda, sino que además contribuiría a estabilizar la democracia en su conjunto. La política no debe convertirse cada vez más en el reducto de las élites de entendidos. El esfuerzo por captar a las capas más alejadas de la política, la cultura y la educación y la lucha por integrarlas a la sociedad democrática no debe dejarse en manos de los populistas de derecha, que son antidemocráticos, de estructura autoritaria y

* El texto fue publicado en: Internationale Politikanalyse. Noviembre 2009. Internationale Politikanalyse es parte de las actividades internacionales de la Fundación Friedrich Ebert. Traducción: Alejandra Obermeier.

nacionalistas demagógicos, pero tampoco en manos de los populistas de izquierda, que prometen todo a todos y alimentan quimeras sociales.

Reintegrarse y recuperar la confianza a conciencia constituyen un serio desafío que implicará un largo y difícil camino. Los lemas para conseguirlo son los siguientes:

1. Claridad y ofensiva
2. Iluminismo y populismo
3. Visión y pragmatismo
4. Conflicto y acuerdo
5. Valor para encarar nuevas alianzas sociales

3 Claridad y ofensiva

El primer paso sería, casi como un pago por adelantado, renunciar al estilo *»top-down«* que implementaron cada vez más fuertemente en el proceso político partidos como el *New Labour* en Gran Bretaña, la *Neue Mitte* (Nuevo Centro) en Alemania o incluso la democracia social de Persson en Suecia. El argumento principal de cualquier ley de reforma que chocara con alguna resistencia era: *»No hay alternativa«*, una frase de núcleo reaccionario acuñada por la primera ministra británica Margaret Thatcher, del espectro conservador, y recordada hasta el día de hoy como *»principio Tina«* (*There Is No Alternative*). Pero tras unos comienzos democráticos, esos anuncios rígidos, emitidos desde la central política –ya fuera desde el *Downing Street* londinense, el edificio de la Cancillería berlinesa o el palacio *»Rosenbad«* en Estocolmo– con el estilo de conducción horizontal premoderno de los grandes consorcios y las pequeñas empresas libres de sindicatos, terminaron siendo característicos de la socialdemocracia de la Tercera Vía. Este modo de conducción y de hacer política estaba signado por la idea de eficiencia. Se buscaba salir de las ideologías que habían marcado el rumbo durante la era Reagan-Thatcher. Lo decisivo de ahí en adelante sería la sobriedad. Se le otorgaría primacía a lo práctico, a probar y a lo que funcionara. La teoría, las convicciones y los valores tenían un tufillo a inflexibilidad y a incapacidad de aprendizaje. Cualquier reforma pequeña que lograba imponerse se celebraba como una conquista y se vendía como una *revolución*. A Tony Blair le encantaba referirse a su política de pequeños cambios como *revolucionaria*. Nunca antes había habido tanta *»revolución«* en la socialdemocracia europea. Sin embargo, en el largo plazo se hizo evidente que no se trataba más que

de un artificio verbal. Y el hartazgo tampoco tardó en llegar. La confianza se construye de otro modo. La claridad requiere sinceridad.

La claridad incluye estar dispuesto a sostener su posición en forma ofensiva e esclarecedora frente a todas las partes: por supuesto que esto incluye hacerlo –en diálogo aplomado– frente a la resistencia dentro de las propias filas, pero también frente a los partidos adversarios, los lobbistas, los gremios, las ONGs, y sobre todo frente a los medios. Quien no es claro en su posición ni ofensivo al sostener su propio punto de vista, pierde. A veces es simplemente una cuestión de valentía política.

En este sentido, uno de los principales errores de los partidos de centroizquierda en el tratamiento del tema de la migración consiste en responder a la autoritaria provocación nacionalista-populista intentando amoldarse, esperando quitarles de ese modo terreno a los radicales nacionalistas y a los extremistas. Para una política progresista de centroizquierda, la solución al *»dilema multicultural«*, como lo llama el escritor holandés Paul Scheffer, no radica ni en endurecer las leyes de asilo, ni en levantar muros más altos para impedir la inmigración, ni tampoco en endurecer las reglas de deportación. Esta competencia negativa es imposible de ganar frente a la coalición informal de conservadores, los populistas nacionalistas de derecha y la prensa amarilla oportunista.

Pero la solución tampoco está en ignorar las dificultades asociadas a la globalización y a la migración. Ni tampoco en una falsa tolerancia frente a las desviaciones que se producen en las sociedades, cada vez más heterogéneas. Una política de izquierda responsable consiste en hacer un balance razonable entre la integración nacional, la cooperación internacional y la tolerancia social. Para ello, hay que actuar en forma ofensiva frente a los enemigos del sistema asociado a esos valores. En un estado de derecho democrático, la intolerancia, el racismo, la xenofobia y la violencia deben seguir siendo tabú, y hay cierto lenguaje que entre los demócratas es inmoral y por eso *»incorrecto«*, sobre todo en el caso del irritante y delator calificativo *»Fremdarbeiter«*¹ (trabajadores extranjeros) en alemán. Hay una diferencia entre la corrección y la deshonestidad. La izquierda democrática debe prestar atención de no confundir ambas esferas. No

1 Anotación de la traductora: El problema con *»Fremdarbeiter«* es que era un eufemismo que se usaba en la Alemania nazi para referirse a los trabajadores forzados.

es fácil. Los límites son fluidos. Pero hay que poder lograrlo.

Por eso, la izquierda democrática también debe actuar en forma ofensiva y sin concesiones contra la intolerancia, el racismo, las violaciones al derecho y las ideologías anticonstitucionalistas entre los inmigrantes. El miedo a ser tildados de «políticamente incorrectos» o «populistas de derecha» no debe llevar a los demócratas progresistas de izquierda con sentido de la responsabilidad a tolerar o ignorar comportamientos contrarios a las leyes o actividades antidemocráticas por parte de los inmigrantes, sin importar su origen, su confesión religiosa o su etnia. Así también se pierde la confianza. Ambas actitudes, la de agitar y la de minimizar, benefician a los «profetas del odio» de ambos lados.

4 Iluminismo y populismo

Para recordar: en los comienzos del movimiento obrero, los activistas tenían una presencia integral en la sociedad, en las bases, en el barrio. En la actualidad, los viejos socialdemócratas añoran esos tiempos lejanos en los que las pequeñas oficinas partidarias aún constituían un centro de asistencia para todo el vecindario. Entretanto, la vida cotidiana en las comunas ha cambiado, como cambiaron las sociedades y la convivencia social en su conjunto. Las oficinas partidarias desaparecieron hace rato, y con ellas ciertas instituciones comunales que contribuían a la calidad de vida en los distritos. Muchos de los proyectos que alguna vez supieron ser modelos de política comunal pasaron a ser hace rato objetos de análisis de lo que puede salir mal, incluso en Estados Unidos, donde los complejos urbanos de viviendas sociales inspirados en el modelo europeo terminaron siendo focos de conflictos sociales. Las consecuencias que esto conlleva para la política partidaria también son evidentes. Complejos habitacionales como el legendario Karl-Marx Hof vienés, que alguna vez fueron «bastiones rojos», constituyen hoy en día un terreno de esperanza y un semillero para los radicales y populistas de derecha del FPÖ (Partido de la Libertad de Austria), y la atmósfera de vecindad y solidaridad que alguna vez se respiró allí cedió el paso a la exclusión y la marginación.

Sin embargo, la idea aún no se agotó como modelo. Así lo demuestran los éxitos del trabajo

social y de la «estrategia de cooperadores»² e los populistas de derecha y de izquierda, al igual que la concepción estratégica ofensiva del *community organizing* norteamericano, que contribuyó en forma decisiva al triunfo electoral de Barack Obama. La idea es simple, tal vez demasiado simple: El trabajo sobre la confianza a largo plazo reside en la disponibilidad permanente de aquellos miembros del partido que todos conocen en el ámbito local, de su accesibilidad en tanto asesores comunales, asistentes sociales, idealmente como abogados políticos, pero al menos como buzón personal de quejas de los ciudadanos. Los partidos progresistas deberían estar en condiciones de crear la estructura que ello requiere: basta con una habitación pequeña con un escritorio, un teléfono, una computadora y un rincón para las visitas, y con establecer horarios fijos de consultas. Y a no olvidar: también se necesita la intervención de una persona comprometida.

A pesar de que hay puntos de intersección desde lo conceptual, no hay que confundir esta proximidad con el *comunitarismo*. No se trata de una concepción abarcadora, filosófica, como en el caso de este último, ni de una idea contrapuesta a la gran política, ni de una reacción a la inabarcabilidad de las megaestructuras estatales, ni de una respuesta conservadora al exceso de liberalidad civil o al *laissez faire* cultural. Esta forma de trabajo comunitario organizado es más bien una introducción a todo el proceso de la democracia representativa, del cual el «*Big Government*» también forma parte, no como enemigo sino como *garante* solidario de la propia existencia individual. El trabajo progresista en las bases es parte del todo. En ese sentido, no sólo les sirve a las personas en las bases y a los partidos populares que pugnan por su supervivencia. También ha de contribuir a revitalizar la democracia.

Visto de ese modo, la izquierda democrática en Europa necesita una relación más distendida y sana con el populismo, junto con una conciencia marcada de la responsabilidad frente al todo.

Las experiencias con el populismo de derecha europeo –y con algunos partidos populistas de izquierda– llevaron a que el término «populismo» se considerara un insulto en Europa. Hoy en día, por populismo se entiende demagogia, xenofobia,

2 Kümmerer-Strategie. El término alude a las personas dispuestas a asumir funciones que habitualmente no les competen para cooperar cuando la persona encargada de cumplir esas funciones no puede hacerlo.

racismo y posdemocracia en lugar de proximidad con el pueblo y compromiso con las bases. La izquierda democrática estadounidense, que apoyó la campaña de Obama en forma prácticamente unánime, no tiene ningún pudor en referirse al populismo en la historia de las ideas como «movimiento progresista» de principios del siglo XX, a sabiendas de que en el curso de la historia también hubo desviaciones aisladas. Pero no hay ninguna razón para sentir una falsa vergüenza. Los populistas luchan por su parte «por los de abajo contra los de arriba». Algo que no está muy lejos de la historia y de la idea del movimiento obrero. Más bien todo lo contrario.

Por eso, del debate norteamericano conocemos el concepto del «buen populismo» (*good populism*), que en principio entronca con la concepción de la política con la cual por su parte Willy Brandt, luego de una valiente campaña electoral, logró alcanzar en los comicios de 1972 el mayor triunfo en la historia del SPD. Obama, Brandt: como modelos no están nada mal.

5 Visión y pragmatismo

Las democracias mediáticas modernas suelen adolecer de la combinación necesaria de visión y pragmatismo. Las quejas sobre la falta de «ángel» o del «carisma» muchas veces radica en el pragmatismo demasiado rígido de la nueva generación de políticos. Lo que falta es esa mezcla óptima entre la capacidad de tener un sueño político y de confirmarlo en la política real. Es por eso que escasean los representantes de un pragmatismo visionario. El concepto de política de la generación de políticos progresistas crecidos y formados en el espíritu de la Tercera Vía es demasiado magro en materia política, y por eso a la larga termina siendo insuficiente. La razón y el buen ojo ciertamente constituyen componentes irrenunciables de toda política que se aliste en el espíritu iluminista. Pero para gozar de una aceptación sostenida entre la gente, una política iluminista también necesita el componente emocional. «Nuestro mensaje llega a las áreas equivocadas del cerebro humano», se quejaba hace poco una política italiana durante una jornada internacional sobre la crisis de la socialdemocracia. Su queja se basa en los últimos descubrimientos de la investigación neurológica, la bibliografía sobre el tema crece rápidamente y la publicidad política se sirve abiertamente de ella.

En todo caso, la izquierda democrática no debe confiarse en que las mayorías democráticas pueden conquistarse únicamente apelando a la razón. La gente quiere conocer los valores y puntos de vista de sus representantes y debatirlos con ellos. Justamente a esos efectos es que el iluminismo necesita su propio populismo: el «populismo iluminista», que se basa justamente en la combinación de visión y realidad, en la descripción popular de la idea de justicia social y en el señalamiento del rumbo para alcanzarla. En este punto, la generación actual de dirigentes de los partidos de centroizquierda aún se mantiene en deuda con los ciudadanos.

6 Conflicto y acuerdo

Pero justamente las experiencias británicas y norteamericanas nos enseñan también que el hecho de ostentar una franca mayoría parlamentaria no exime de esperar conflictos y de estar resuelto a concertar acuerdos. La capacidad de lograr este acto de balance político separa en forma personal, tanto entre los dirigentes nacionales de los partidos como entre los activistas en las bases, a los inmaduros de los adultos o, en lenguaje llano, a la paja del trigo. El éxito político radica en la capacidad de acción de la dirigencia y en su disposición y talento para hacerse entender. A su vez, esto depende también de hasta dónde las bases y los líderes de opinión locales estén dispuestos a otorgar suficiente margen de acción al pragmatismo de la dirigencia. Es tarea de todos los participantes conservar una tensión productiva entre el debate y la lealtad, entre la fidelidad estratégica a los principios y la capacidad táctica de «aflojar». La democracia necesita discusiones de contenido, pero florece francamente mejor sin peleas de poder político entre las alas de los partidos. Es por eso que justamente los partidos populares progresistas, con su tendencia a polemizar —que abarca desde debates internos sobre principios básicos hasta guerras existenciales de religión—, deben desarrollar nuevos formatos y reglas internas de formación de opinión y voluntad. Los socialdemócratas en Francia e Italia han hecho nuevos intentos, y en otros partidos también se está pensando en cómo hacer para activar la participación de los afiliados y motivar a los no afiliados a participar. En este campo valdría la pena realizar un estudio comparativo de *best practise* que incluyera en el análisis el sistema de elecciones primarias en los

Estados Unidos. »Aprender de Obama«, algo de lo cual se está hablando en todos los partidos democráticos desde noviembre de 2008, implica mucho más que estudiar la manera en que los *Us-Democrats* recaudaron donaciones e incorporaron *YouTube, Twitter & Co* a su estrategia de campaña. Esto vale para todos los partidos que integran el abanico de la crisis socialdemócrata: La centroizquierda tiene que »arriesgar más democracia« (Willy Brandt).

Esto incluye sobre todo tener valor para experimentar en las propias filas. Los partidos socialdemócratas tendrían que cambiar radicalmente en materia organizativa para poder seguir desempeñando un papel en el futuro. Las jerarquías anquilosadas, las estructuras administrativas inflexibles, las burocracias de funcionarios autocomplacientes como las que aún rigen la vida cotidiana de muchos partidos, tienden a espantar a la gente, sobre todo a la gente joven. Las generaciones entrantes, de las cuales deberían surgir los dirigentes a más tardar de pasado mañana, se caracterizan por su individualismo, han crecido en democracia, son versátiles en el manejo de las técnicas comunicativas, están abiertos a las nuevas tecnologías de comunicación, son escépticos frente a los rituales, les gusta discutir y son curiosos, desprejuiciados y, al mismo tiempo, obviamente también inexpertos y proclives a cometer errores. Involucrarlos requiere mucha imaginación, sensibilidad y flexibilidad por parte de los partidos y sus jerarquías.

La falta de recambio generacional de dirigentes, de la que los partidos tanto se quejan, se debe esencialmente a su imagen y carácter de sociedades cerradas. El »lenguaje corporal« institucional de los partidos lo transmite claramente: no queremos intromisiones. Para que esto cambie, los partidos tienen que modificar su forma de pensar y cambiar ellos también. En este sentido, la democratización interna sería un buen modo de empezar la autoterapia de la socialdemocracia. Para atraer nuevas fuerzas hay que mostrarse lo suficientemente fuerte como para poder manejar en forma productiva esas fuerzas y su energía.

7 Valor para encarar nuevas alianzas sociales

Se trata de recuperar la posición de liderazgo en opinión y de cimentar las aspiraciones de la centroizquierda en Europa a un liderazgo político

realista. Para ello, los partidos populares de izquierda también deben crear una nueva estrategia de alianzas y coalición. Sólo la acción conjunta de socios aliados con iguales convicciones en todas las áreas logrará plasmar una estrategia política exitosa que tenga como meta continuar modernizando democráticamente la economía, el estado y la sociedad en las condiciones políticas actuales y con el paisaje partidario modificado. No se trata únicamente de ejercer influencia parlamentaria y obtener mayoría en casos aislados de legislación, lo cual ya es bastante difícil de lograr desde el lugar de la oposición. Se trata más bien de establecer en forma efectiva prioridades políticas, categorías éticas e ideas de valor dentro del discurso público en la sociedad. Se trata de influir marcadamente en el pensamiento público, de definir la libertad, la solidaridad y la justicia en términos políticos, consolidando así el *firewall* político cultural frente a los enemigos extremistas de la democracia social y liberal. No debe permitirse que viejos nazis y nuevos radicales de derecha, que se sirven de los métodos de la democracia cada vez con más hipocresía para infiltrarse en ella y hundirla, continúen definiendo la agenda política en Europa y ganen influencia en Alemania.

Para ello, es importante y deseable que todas las fuerzas liberales y progresistas en su conjunto, tanto las personas como las organizaciones, creen redes que los conecten entre sí y construyan nuevas alianzas de contenido. Pero además de entre los partidos de centroizquierda (e incluso entre sus adversarios de la centroderecha), también pueden hallarse mentes progresistas con compromiso político y amplitud de miras sobre todo en estos ámbitos:

- En los sindicatos
- En la cúpula y en el cuerpo de las empresas industriales con un estilo de conducción moderno
- Entre los empresarios, gerentes y banqueros de clase media
- En el área de las asociaciones económicas y otras representaciones de intereses similares de la industria
- Sobre todo también en las múltiples organizaciones de la sociedad civil –organizaciones no gubernamentales (ONGs)–, en tanto se sientan comprometidas con la democracia, los derechos de los ciudadanos y la justicia social.

Juntos deberían y podrían refundar el consenso

progresista básico sobre un modelo europeo de capitalismo social, ecológico y democrático que en la última década fue debilitándose. La desacreditación del «capitalismo depredador» (Helmut Schmidt) y de la ideología liberal del *shareholder value* serían un punto de partida adecuado para hacerlo, máxime cuando la idea del capitalismo renano y, con ella, el ideal del *stakeholder value*, continúan siendo una parte primordial del canon europeo de valores. Allí reside la oportunidad política de esta peligrosa crisis financiera a la que Peer Steinbrück calificó de «quiebre»: en poder crear un nuevo consenso social de las élites modernas en el que empresarios modernos, sindicalistas responsables, activistas comprometidos provenientes de la sociedad civil y un gobierno pragmático y visionario cooperen para trabajar sobre el bien común.

No se trata de sellar un pacto de progreso por toda la eternidad, una «alianza para el progreso» imaginaria, ni de la quimera de una coalición eterna de los hombres de buena voluntad. Pero la idea de un proyecto de desarrollo social y democrático común dentro del capitalismo podría llevar a que aquellos que comparten las mismas convicciones en nuestras sociedades caminen juntos «un trayecto del camino» (Bruno Kreisky) para fortalecer y mejorar sus países y las democracias europeas. Continuar trabajando por una economía dinámica sobre la base de la justicia social, de una política ambiental orientada hacia el futuro, de un estado de seguridad y un estado de derecho con capacidad de resolución, de una sociedad tolerante, inclusiva y promotora de la integración, constituiría un gran proyecto por el que valdría la pena hacer el esfuerzo. De lo que se trata es de la supervivencia de los partidos populares de izquierda, del fin de la «paradoja europea» y, por ende, del futuro de la democracia liberal.

8 Balance nuevo, virtudes viejas o: La vida de los otros

La socialdemocracia europea no hallará una reglamentación «talle único» que les calce a todos por igual para superar su debilidad política. Es por eso que cada uno de los partidos de centroizquierda tendrá que atravesar su propio camino. Pero todos ellos en conjunto necesitan hacer un nuevo balance interno de autoconocimiento, autocrítica y autoconciencia. Para ello les resultaría muy útil un intercambio sobre errores y omisiones, además de la disposición a aprender de las experiencias y los éxitos de los otros, del valor para experimentar y de la reactivación de las viejas virtudes de las democracias populistas. No es tarea sencilla. Pero nadie dijo que reinstaurar la hegemonía cultural sería un juego de niños.



Pie de imprenta

Friedrich-Ebert-Stiftung
Análisis de Política Internacional
División para el Diálogo Internacional
D-10785 Berlin

www.fes.de/ipa
E-Mail: info.ipa@fes.de

ISBN: 978-3-86872-287-1

Pedidos

Friedrich-Ebert-Stiftung
Internationale Politikanalyse
Nora Neye
D-10785 Berlin

E-Mail: info.ipa@fes.de
Fax: +49 (30) 26935-9248

Todos los textos están disponibles online:

www.fes.de/ipa

Las opiniones expresadas son de exclusiva responsabilidad de su autor/a y no reflejan necesariamente ni las de la Friedrich-Ebert-Stiftung ni las de la organización para la cual trabaja el/la autora.